

Libros y Revistas

"HISTORIA DE LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA"

Por Joaquín Arrarás

22/III/64 Editores Nacionales, Madrid, 1964.
Tomo segundo, 654 páginas.

CORRESPONDE a este segundo tomo de la "Historia de la segunda República española", por Joaquín Arrarás, al período en que se acusó, inequívocamente, la crisis del todavía nuevo régimen: crisis de tan acentuados caracteres que difícilmente cabría ya forma alguna de convivencia, entre las derechas e izquierdas en choque violentísimo, dándose incluso el caso, sobremedida expresivo, del desplazamiento hacia la reforma constitucional, virtualmente planteada, no ya de las fuerzas situadas en el centro del campo de lucha, sino de aquellas otras de un moderado izquierdismo. Como quiera que fuese, es cuestión de hecho irrevocable que la República dejó de ser nacional, pese a las promesas del 14 de abril de 1931 y período inmediatamente anterior, a lo largo de los dos años a que se refiere este volumen.

La liquidación del bienio republicano-socialista perjudicó a la República misma, comprometida, en su porvenir, al fallarle el ala derecha capaz de asegurarle el vuelo. A su vez, entre los elementos que integraban el Gobierno surgido del Comité revolucionario primitivo, se advertía la falta de unidad, percibiéndose el airado lanzamiento de la manzana de la discordia en el trágico episodio de Casas Viejas, avanzadilla de la revolución social, con todas sus consecuencias, que precisamente se trataba de evitar. Pero era harto difícil que se entendiesen las dos organizaciones sindicales obreras que se disputaban la representación del proletariado: la U. G. T. y la F. A. I. Joaquín Arrarás califica de "azañista" ese primer bienio en el que ya Azaña y el azañismo, entre intelectual y burgués, acreditaron su impotencia para resistir el empuje avasallador de corrientes genuinamente subversivas, llamadas a influir decisivamente en el criterio gubernamental. Tal movimiento, a ritmo acelerado, desbordaría incluso el cauce, en gran parte, de sus propios principios, como no tardaría en comprobarse —de ahí el interés de esta lectura—, al triunfar los partidos de derechas en las elecciones de noviembre de 1933, y quienes trajeron la República, con afirmaciones de orden y autoridad, reaccionaron, acudiendo a máximas violencias, contra la expresión de la invocada "voluntad nacional".

Trátase de cuestiones de hecho que el autor ilustra, como tantos otros pasajes de su obra, con documentación muy copiosa y que la información gráfica no deja de corroborar en cuanto es susceptible de ese testimonio: la revolución de Asturias, por ejemplo. Fue ésta una de las dos graves réplicas —estudiadas por Arrarás— del republicanismo aliado con fuerzas obreras

mal avenidas entre sí y con cualquier poder constituido que no les perteneciese por entero. La otra forma de la reacción aludida consistió en el alzamiento de Cataluña, o más propiamente hablando, de la generalidad erigida en "Estat Catalá", que vino a hacer ver el corto paso existente entre la autonomía del régimen concedido por ley a la plena soberanía de la región, en quebranto de la unidad nacional.

No se pierda de vista que el triunfo electoral de las derechas, en su más amplio sentido, englobaba no sólo el de los grupos monárquicos—Tradicionalismo y Renovación Española—, sino el de la C. E. D. A. y Agrarios, fuerzas en que participaban no pocos elementos de antecede-



Joaquín Arrarás. (Foto García-Pelayo.)

ntes liberales, si bien ajenos, en gran parte, a la República que tantos deseaban servir; expresamente republicanos eran los radicales de Lerroux, los antiguos reformistas del infortunado don Melquíades Álvarez, los progresistas especialmente adictos al presidente de la República y no pocos independientes. Los nacionalistas vascos y la "Lliga catalana" compartieron la victoria contra la República en la versión constitucional del 31, redondeando un bloque muy superior al que formaron los partidos de franca izquierda. En el juego político previsto funcionaron los resortes propios del sufragio universal con toda nor-

malidad, y no cabía impugnar el resultado, por lo mismo que había favorecido a quienes utilizaron el mecanicismo montado por el adversario. Ya funcionaba el Tribunal de Garantías Constitucionales, cuya constitución, recuerda Joaquín Arrarás, dio ocasión "a escenas tempestuosas". Todo trascendió a tempestad. La tormenta está ya encima y los relámpagos y truenos se multiplicarían en proporción amedrentadora. ¿Quién pensaba en el pararrayos...? Beligerante en la lucha a la sazón planteada entre derechas e izquierdas, con el punto de referencia en la República, Joaquín Arrarás se mantiene neutral en la pugna interior, no siempre sorda, de las fuerzas anti-republicanas, disputándose la primacía en el común frente de combate, orientadas en táctica harto diferente. Las fija el autor con precisión de datos: la de la C. E. D. A., partidaria resuelta de la lucha legal, con explícita aspiración a ganar el poder, y la de los monárquicos, tanto los fieles a la inequívoca legitimidad de Alfonso XIII como los adeptos a la tradición carlista, de acuerdo en el afán de derrocar el régimen republicano a todo evento.

En el examen de las tendencias ideológicas y acción respectiva de las derechas, asistidas por la adhesión, en mayor o menor grado, de los grupos del centro, se cifra uno de los aciertos de la obra que glosamos, de patente utilidad para quien trate de estudiar, más allá de la puntual crónica, los elementos todos de una opinión muy agitada que ofreció el nuevo estilo de la Falange y del nacional-sindicalismo. La información a este respecto es abundante, paralelamente a la de las intervenciones, repetimos, del proletariado más refractario, como el anarquismo, a hacer política que pudiese aprovechar a la burguesía republicana. Pero esta burguesía era escasa e impotente. La República se le escapaba de las manos, y la huelga revolucionaria de Asturias lo hizo ver con claridad meridiana, aun en el caso de no haberse perpetrado las violencias de todo orden que Arrarás registra. Desde el punto de vista de la crónica histórica, nos parece el capítulo "Los mineros penetran en Oviedo" la mejor conseguida pieza narrativa de este tomo: buen reportaje, así como en lo que respecta al interés político, por la utilización de datos, no pocos nuevos, sobresale este otro capítulo: "López Ochoa pacta con el secretario del Sindicato Minero la rendición de los insurrectos." En la emulación revolucionaria, el marxismo no había quedado atrás del comunismo libertario, sin perjuicio de estas palabras de Indalecio Prieto traídas a cuento por Arrarás: "Me declaro culpable de mi participación en aquel movimiento."

El contraste de la revolución de Asturias y de la que promovieron en Barcelona fuerzas que se consideraban gubernamentales, era muy expresivo. El movimiento separatista de la Generalidad, no fue secundado por la típica población industrial de Barcelona, donde se enfrentó con nuestro Ejército el muy irregular, por definición, de los mozos de escuadra, un desvirtuado somatén e improvisadas milicias. La casi nula repercusión del episodio de Barcelona en el resto de Cataluña, creemos que debiera haber sido objeto de alguna mayor atención por el autor.

Los recuerdos de los lectores se mezclarán, de seguro, con la circunstanciada memoria del autor que ha logrado en este volumen mayor equilibrio quizá que en el primero, por lo que hace a la composición y al criterio, a salvo del reparo que pueda suscitar algún matiz puramente personal.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

De la Real Academia Española